

El premio internacional a Villa El Salvador

Cuando en abril de 1971, doscientas familias iniciaron la invasión de Pamplona alta y días después se dispusieron a tomar tierras privadas – apoyados por un número creciente de necesitados de vivienda –, no imaginaron la trascendencia de su decisión.

Los funcionarios del gobierno de entonces tampoco imaginaron la importancia que, para el futuro de esas gentes y de la ciudad, tenía la respuesta oficial al problema planteado.

No sólo la primera parte de esa respuesta – la represión – sino aun la segunda, la que, corrigiendo el llamado malentendido que costó un muerto y un religioso en prisión, decidió la reubicación de los invasores en la Tablada de Lurín, no sin antes mandar a su casa a un ministro de gobierno.

En estos días – a dieciséis años de dichos sucesos – una representación de esos pobladores – que ahora, con muchos otros, forman Villa El Salvador – viaja a España a recibir una distinción de categoría internacional: el Premio Príncipe de Asturias a la solidaridad.

Además la Federación Mundial de ciudades unidas, recientemente reunida en Grenoble, ha acordado postular su candidatura al Premio Nobel de la Paz.

Estos reconocimientos se suman al del Papa, quien el año pasado destacó muy especialmente su paso por Villa El Salvador, donde dejó el mensaje más importante de su visita al Perú.

Sucede que entre los años 1971 y 1987 – año internacional de los sin techo – se ha construido un pueblo y ha sido conformada una comunidad: Transformación de hábitat y constitución de una organización social que en interacción vital han venido produciendo una experiencia urbana no solamente con un nivel paradigmático para nuestro medio sino que – como está demostrando ya –, alcanza también categoría y reconocimiento mundiales.

La construcción del hábitat, la tarea de transformación de un inhóspito arenal en una estructura ordenada de calles, de grupos residenciales, de parque arbolados, plazas y equipamiento, recibió, es cierto, un impulso inicial del Estado, quien aportó el trazo sobre la base de un diseño doblemente acertado.

Por una parte, el diseño es acertado porque consideró una zona industrial y agrícola además de la residencial; asimismo, porque concibió a ésta como un tejido de base modular.

Pero son los pobladores quienes, efectivamente llenan esos trazos y módulos. Primero con esteras y luego, poco a poco, reemplazándolas por estructuras más sólidas y duraderas, con sus propias manos y sus escasos medios económicos.

Son ellos también quienes con su presión consiguen la categoría de distrito (1983) y recientemente el reconocimiento y el mecanismo administrativo necesario para el desarrollo de su parque industrial.

Estas tareas han sido posibles gracias a la acción organizada, llena de vicisitudes, que ha madurado aprovechando el apoyo inicial del Estado, resistiendo los intentos de manipulación oficial o político-partidaria y sobreviviendo a períodos de boicot estatal y de crisis en su propia estructura interna.

La organización de las CUAVES (Comunidad Urbana Autogestionaria Villa El Salvador), cuya estructura social se apoya en la estructura física, constituye hoy nexo de la municipalidad con la población. En el trabajo conjunto de estas dos instituciones reside el avance de los últimos años.

Desde ½ de Construcción, al dedicar este número a Villa El Salvador, saludamos a un pueblo admirable que se va haciendo en el trabajo cotidiano y que, al mismo tiempo que construye su morada, edifica la paz, la justicia y la solidaridad.